



**Panel “La Universidad en perspectiva histórica” - 1 de octubre de 2014.**

Expositor: Dr. Pablo Buchbinder, Profesor Asociado de la Facultad de Ciencias Sociales

Coordinación: Dra. Graciela Morgade, Decana de la Facultad de Filosofía y Letras.

El Dr. **Pablo Buchbinder**, estructura su presentación acorde a tres periodos históricos clave para entender la Universidad:

- 1) La década 1880, durante la cual la UBA adquirió su estructura “moderna”, organizada en Facultades, y dictó su estatuto en función a la “Ley Avellaneda”, primera ley universitaria nacional.
- 2) Las transformaciones en la vida universitaria que surgieron con el Primer peronismo, a partir de 1946, periodo en el que el impacto de la polarización política que vivió la sociedad argentina, mostró sus efectos en la vida académica.
- 3) El periodo que se abre en 1983, con el retorno de la democracia, que implicó la recuperación de la autonomía y el cogobierno, del pluralismo, y del sistema universitario abierto, y por otro lado, la masificación y el crecimiento acelerado de la matrícula estudiantil. Por ejemplo, en 1983 había poco más de 400 mil estudiantes universitarios en el sector público nacional y hoy, 30 años después, hay más de un millón.

El especialista explica que durante la década de 1880 se conforma el sistema universitario moderno en la Argentina, a partir de dos factores;

- El proceso de la separación de la tutela de la Iglesia Católica, y con ello, la separación del mundo medieval.
- La sanción, en 1885, de la “ley Avellaneda”, que reguló el funcionamiento de la Universidad y la relación de ésta con el Estado y los poderes públicos.

A partir del análisis de textos de Ernesto Quesada -ex vice decano de la Facultad de Filosofía y Letras, principal exponente del pensamiento de cuestiones académicas de aquellos años- Buchbinder plantea que entre finales del XIX y principios del XX las



universidades eran organismos del Estado que habilitaban al individuo para el ejercicio de una profesión liberal, fundamentalmente médicos, abogados e ingenieros. En ese momento, las universidades eran federaciones de facultades profesionalistas que mantenían escasos vínculos entre sí. El grueso de la actividad estaba vinculado a la formación profesional, y lo que no estaba relacionado con ello quedaba en segundo plano, como el desarrollo de las humanidades y la ciencia.

Para analizar la autonomía universitaria, Buchbinder aborda el marco normativo vigente hacia la década de 1880. Señala entonces que las Universidades estaban gobernadas por consejos académicos, transformados después en consejos directivos. Los miembros eran vitalicios, y estaban integrados por 1/3 de profesores titulares y 2/3 de personajes conocidos de la vida pública, política y profesional, pero escasamente representativos de la realidad universitaria. Las funciones de estos consejos contaban con un margen de autonomía: proponían los planes de estudio, designaban a los profesores suplentes y fijaban los aranceles.

La “ley Avellaneda” fijo límites a la autonomía universitaria, ya que le otorgó potestad al Poder Ejecutivo de elegir a los profesores titulares, a partir de una terna elevada por el Consejo Superior. Y esto porque el Poder Ejecutivo quería evitar que los intereses quedara en manos de la corporación de profesores, que puede atentar contra los intereses más generales de la cultura. Además controlando la designación de profesores, el Estado aseguraba su monopolio sobre las profesiones –centrales para la reproducción social- dado el lugar central que ocupaba la Universidad en la emisión de títulos habilitantes. *“Un estado laico tenía necesariamente que limitar el peso de la iglesia en la formación de los abogados, y tenía que monopolizar la formación de los médicos. Estas eran funciones que no iba a delegar y por eso tenía que conservar el poder sobre la designación de los profesores titulares”*, señala el especialista.

Para Buchbinder, el profesionalismo no fue algo impuesto desde el Estado, sino que fue producto de la presión de los sectores medios que estaban en condiciones de acceder a la Universidad para obtener un título profesional, un bien simbólico y material de alto valor en la sociedad argentina de la época. Esta tendencia explica la debilidad del esfuerzo por instalar instituciones científicas en el seno de la UBA, explica la trayectoria errática y difícil de Filosofía y Letras creada en 1896, y explica los problemas de instalar la dedicación exclusiva como un elemento estructural de la vida universitaria.

Llegado este punto, se impone la pregunta ¿cuáles serían los aspectos novedosos introducidos por la Reforma Universitaria de 1918?. Los reformistas se propusieron cambiar el perfil y la función de la Universidad, querían un mundo universitario



orientarlo a preocupaciones culturales más amplias y genuinas, más científicas menos profesionalista y menos utilitarista. El impacto de lo que se logró en términos concretos es más modesto, entre otros aspectos: reguló la Carrera Académica, otorgó un papel central en la conducción de la universidad a las corporaciones profesionales (médicos y abogados) y creó una dinámica política y electoral nueva. *“Hizo las decisiones políticas más amplias, más democráticas, y probablemente también más plebeya, al incorporar a los estudiantes como actores centrales en la vida universitaria”*, explica Buchbinder.

La vida universitaria en el país gozaba de una cierta autonomía de las cuestiones partidarias y de política coyuntural, incluso los impulsores de la Reforma pregonaban por ello. Sin embargo, esta autonomía se quebró con la llegada al poder del Peronismo en 1946, y la polarización política condicionó la vida académica.

La política partidaria entra de lleno en la vida pública y, particularmente en la vida universitaria, y esto se tradujo en cesantía masiva, quiebre de las carreras académicas y desplazamientos de gran parte del personal académico.

Durante el peronismo se produce la masificación de la universidad y se inicia el proceso de construcción de la universidad de masas, ya que hasta entonces esta había sido un reducto de la élite, al que solo un sector muy reducido de la población podía acceder. Se señala, a modo de ejemplo, que para 1914 Argentina tenía una población de 8 millones de habitantes; en 1918 contaba con 8 mil estudiantes universitarios, 6 mil de ellos en la UBA.

Para Buchbinder este proceso de masificación se explica por los cambios en las condiciones sociales y políticas generales, y también por medidas concretas de políticas universitarias: el peronismo puso fin a los aranceles, y por el fin de las restricciones al ingreso (aunque esta última medida solo estuvo vigente por algunos años).

El peronismo procuró modificar el perfil profesionalista de la universidad, en sintonía con el clima de optimismo respecto de la potencialidad de la ciencia como generadora del desarrollo, que imperaba a nivel mundial luego de la Segunda Guerra. En esa línea, se concretaron acciones como la creación de un consejo de investigaciones científicas (que para algunos investigadores constituye el antecedente del CONICET) y se introdujo la dedicación exclusiva como una condición central del ordenamiento, a pesar de que no se la generalizó. Así mismo, estableció un marco legal que limitó la autonomía y el cogobierno. Para el especialista, el contexto social y político de la década del '50 no habilitaba a una recuperación plena de la autonomía.



Este proceso se cierra con el derrocamiento de Perón en 1955. Impulsado por el gobierno militar, luego del Golpe se creó un nuevo ordenamiento legal para el sistema universitario, a través del decreto 6403 que, además de abrir las puertas a la conformación de universidades privadas, generó un marco legal de mayor autonomía. *“Nuestra idea de autonomía universitaria proviene más de este decreto que de las tradiciones reformistas de 1918”*, puntualiza Buchbinder.

Quienes asumieron el gobierno de la UBA – Romero y Frondizi- creyeron que el ejercicio de la autonomía era posible, pero el tiempo reveló que no sería así por las tensiones políticas que imponían límites. Estas derivaban de la exclusión política de grandes sectores y por el impacto que la Guerra Fría tuvo en la Argentina en las décadas del '60 y '70, entre otros factores.

La experiencia del período 1955-1966 en la UBA fue señalada como una época peculiar signada por: un proceso acelerado de modernización, por el peso y relevancia de la ciencia, por experiencias innovadoras en el área de la extensión universitaria, por la aparición de nuevas carreras, la institucionalización de las ciencias sociales. Pero se lo vio más limitado y estaba centrado en algunas Facultades, como Exactas, y en algunas carreras, como Sociología y Psicología.

Esta etapa se cierra con la intervención de 1966, tras un nuevo golpe de Estado, que clausuró la autonomía y se propuso despolitizar la Universidad. El proceso de modernización estaba hackeado no solamente por la ofensiva de la derecha, de los conservadores y de los grupos relacionados al ejército sino que también estaba hackeado por muchos de los que lo habían sostenido y respaldado desde 1955, que ahora cuestionaban el mismo sistema, que lo acusaban de haberse vuelto excesivamente cientificista y poco comprometido con el cambio social. La radicalización política es también un factor clave para entender la pérdida de impulso del proceso de modernización.

El último periodo analizado en la presentación es aquel que se abre en 1983, tras la vuelta a la democracia. 1983 implicó para la universidad - como para el país en su conjunto- la recuperación de las instituciones, de la democracia, la autonomía, el cogobierno y pluralismo como principios universitarios, la idea de un sistema universitario abierto. Los elementos sustantivos que caracterizan esta etapa son la masificación y el crecimiento sostenido y acelerado de la matrícula.



Con sus limitaciones, este proceso de masificación es un logro central de la democracia, y que implicó ajustar cuentas con la dictadura. Esta no solo implicó exclusión por motivos ideológicos, persecución política y crímenes contra los miembros de la comunidad académica, sino que también fue uno de los ejes de su proyecto achicar el sistema universitario a través de la política de cupos y aranceles, intentando clausurar el crecimiento de la matrícula que se venía dando desde los años '50.

Buchbinder señala que *“estos cambios se hicieron en un clima enorme optimismo entorno a la capacidad del sistema democrático para resolver los problemas económicos, sociales y políticos, ese enorme optimismo que queda sintetizado en la frase de Alfonsín “con la democracia se come, se cura y se educa”, pero un optimismo que, tal como nosotros sabemos, dio lugar a un proceso de creciente desencanto.”*

La UBA pasó de tener 100mil estudiantes en 1982, a 162 mil estudiantes en 1987, pero ese crecimiento de la matrícula se produjo en un contexto de crisis económica, desfinanciamiento estatal y disminución pronunciada del gasto por alumno. Ese coste del crecimiento fue entonces sostenido a partir de una disminución constante de los salarios de docentes y no docentes, lo que se tradujo en un contexto laboral extremadamente conflictivo.

*“Desde los años '80 hasta acá el balance con claroscuros y es difícil de sintetizar”* expresa Buchbinder. Cerrando su exposición, el especialista sugirió algunas problemáticas y dimensiones de análisis, relevantes a su juicio para los investigadores sobre la historia de la Universidad.

Si bien desde los '80 la población incrementó la participación en la universidad, se siguen presentando variables que no son nuevas. Ya desde la década de los '50 se registra una elevada deserción – a principios de los '90 egresaban 20 personas de cada 100 que ingresaban en el sistema público- y por otro, la duración efectiva de las carreras es mucho más prolongada que su duración teórica.

Los años '90 fueron años de embate neoliberales sobre la educación pública, a partir de la mercantilización y de la sanción de una ley para la Educación Superior, que aún hoy está vigente. El sistema universitario se transformó, se hizo amplio en términos de instituciones, heterogéneo y diverso. Por ejemplo, se incrementó la oferta universitaria privada a partir del incentivo de la competencia de las universidades por recursos propios.

A pesar de ello, Argentina mostró tasas de escolarización superior propia de países desarrollados y el 80% de la matrícula se concentra en el sector público. Es decir que el



**UBA**  
Universidad de Buenos Aires



proceso de crecimiento recorre los 30 años a pesar de los altibajos de la situación económica y laboral del país. Había medio millón de estudiantes universitarios en 1983 poco más de 400 mil en el sector público, hoy llegamos casi 1,8 millones y casi 1,5 millones en el sector público.

A pesar de las transformaciones, la UBA sigue siendo la institución central: sigue siendo la universidad pública más grande desde el punto de vista de los estudiantes, una universidad de masa, que concentra el 20% de la matrícula del sector público, conviviendo con universidades privadas en la ciudad y públicas en el conurbano bonaerense, inexistentes hace 25 años. Revisar sus estatutos y su estructura curricular (siendo, a juicio de Buchbinder, la incorporación del CBC en 1984 la última gran reforma) son los desafíos que quedan pendientes para la UBA.